

ROBERTO J. PAYRO
EL MAR DULCE

I

LA PLUMA Y LA BALLESTILLA

El aspecto y las maneras de aquel hombre no revelaban ni su edad ni las muchas agitaciones de su vida. Arrogante y resuelto, a pesar de cuarentón, llevando con donaire trusa y ropilla acuchilladas, emplumado birrete y toledana al cinto, era un guapo mozo de frente alta y despejada, barba castaño oscuro con el reflejo luminoso de alguna cana, grandes y enérgicos ojos pardos, tez morena y encendida, nariz afilada que daba a su rostro enjuto cierto aire morisco, boca grande, sensual, de labios rojos, mano fina y nerviosa. Decíasele zahorí – como nacido en Viernes Santo, a la hora de la muerte del Salvador–, y a esta fama popular de virtual descubridor de tesoros y realizador de prodigios, agregábase la de la audacia, las aventuras dramáticas y heroicas, las costumbres un tanto libres y la más sólida pero menos ruidosa de ser, amén de asaz versado en bellas letras, buen matemático e insigne mareante.

Las largas esperas en Logroño para convenir con el rey don Fernando el Católico – que cazaba en Mansilla – por pormenores de una atrevida expedición, hubiéranle sido harto molestas a no

depararle la suerte un amigo según su corazón, llamado a la vieja ciudad por aspiraciones análogas aunque no por idénticos negocios. Era éste militar y cortesano – pero no de los afeminados que sólo más tarde florecieron – ; hombre de ojo avizor, delgados labios irónicos y expresión al propio tiempo escudriñadora y esquiva. Manejaba la pluma con tanto garbo como la espada esgrimida desde la niñez, y considerábasele uno de los más notables cultores de la lengua romance en verso y prosa, y uno de los mayores eruditos de la época.

Como todos los días desde que en la villa se encontraron, paseaban lentamente en la alameda que orla el Ebro, departiendo y gozando del fresco y la soledad que la hora temprana les brindaba. Absorbidos por la plática, sus miradas vagaban abarcando, sin verlos, el paisaje asoleado, las fachadas blancas y los tejados rojos de la villa cortada por el río y dominada, entre otras torres vetustas, por la alta flecha secular de Santa María de Palacio, los campos fértiles divididos en huertos, viñedos, olivares, tierras de pan llevar, las carreteras y los caminos polvorientos, y allá lejos, como velada por los últimos tules de la niebla matutina, la ondulación de las montañas en cuyas laderas hunden sus raíces hayas y robles y que, al Oeste y al Sur, defienden la comarca de los vientos del mediodía.

- *Repetidme esos versos, que me placen tanto*

- dijo el marino, dirigiéndose al militar y escritor.
- *No me los sé de coro y no traigo el papelejo* – contestó el interpelado.
- *Algunos recordaréis, si no todos ... A fe que en ellos están pintadas como en un retablo las malandanzas de descubridores y conquistadores de Indias.*
- *Conquistadores de Indias, sí, esperad ...*– repitió el otro como haciendo un esfuerzo de memoria para recitar en seguida con cierto énfasis burlón :

De lo que hacen y traen
sin saber contar el cuánto
nos ponen tan grande espanto
que los pensamientos caen,
pues no pueden subir tanto ;
por lo cual tiene Castilla
una tal ciudad, Sevilla,
que en todas las de cristianos
pueden bien los castellanos
contarla por maravilla.
De ella salen, a ella vienen
ciudadanos labradores
de pobres hechos señores,
pero ganan lo que tienen
por buenos conquistadores ...

- *Esa parte está de perlas, pero no es la que*

mejor da en el hito – observó el que escuchaba. – Continudad, continuad, don Gonzalo, que nunca habéis tenido flaca la memoria.

Aunque saltando aquí y allí alguna estrofa que le escapaba, sin esperar mayores súplicas, el poeta recitó la composición :

Aventurando sus vidas
han hecho lo no pensado,
encontrar lo nunca hallado,
ganar tierras no sabidas,
enriquecer nuestro estado,
ganarnos tantas partidas
de gentes antes no oídas,
y también, como se ha visto,
hacer convertirse a Cristo
tantas ánimas perdidas ...

- *¡ Bien, vive Dios ! – exclamó el marino –. ¡Adelante, Oviedo, adelante !*
- *En lo que sigue — dijo Oviedo — hablo de cierto conquistador en particular ... Pero éste hame dado tantos motivos de enojo que no quiero repetir su enfadoso nombre :*

... Peleando y trabajando,
no durmiendo mas velando,
con mal comer y beber,
ved si merece tener

lo que así ganó bregando !
Es verdad que su ganancia
procedió de su constancia
que quiso, con su virtud,
proveer su senectud
con las obras de su infancia ...

- *Infancia va por mocedad* — explicó el poeta —. *El borceguí de la rima suele forzarnos a hacer visajes.* — Y prosiguió :

y ganó en esta jornada
traer la pierna quebrada
con ... lo demás que traía,
sin otra mercadería
sino su persona armada ...

- *Ese "lo demás que traía" debe de referirse al consabido y malhadado morbo que tanto da que rascar* — dijo el otro en tono de interrogación.
- *"¡ Tu dixiste !" — contestó Oviedo —. Pero, con el famoso palo guayacán, nunca lo bastante bendecido, la Divina Providencia supo darnos junto a la enfermedad de aquellas tierras el remedio que las cura y que también nace en ellas.*
- *Bien podría haberse ahorrado tal trabajo, ahorrándonos a nosotros la dolencia* — objetó festivamente el marino.

- *Allá veréis – contestó Oviedo –. Pero en esto no paran los trajines y desventuras de los descubridores y conquistadores, pues, como digo en mis malas rimas :*

sobre esta tanta excelencia
hay mil malos envidiosos,
maldicientes, mentirosos,
que quieren poner dolencia
en los hombres virtuosos !

- *A vos tampoco habrán dejado de roeros los zancajos, don Juan – agregó el poeta.*
- *Es mucha verdad – contestó don Juan –. Y espero que habréis de cortar vuestra mejor pluma para ponerlo también muy por lo menudo, con todos sus pelos y señales, en los libros que escribís con tanto ingenio.*
- *Gracias, pero no basta el ingenio ... Por fortuna, reales cédulas hay mandando que los gobernadores de Indias hagan llegar a mis manos exacta relación de cuanto ocurra y vean en sus respectivos gobiernos. Pero eso tampoco basta. Mi conato es ir en persona a esas misteriosas Indias, tocarlas con el dedo, conocer el secreto de sus selvas, de sus montes, de sus ríos, de la misma animalia que los puebla ... porque flaco y desmedrado y desabrido es el fruto del escritor que, sin haberlo visto, cuenta lo que otros le contaron*

- ...
- *Pero Su Alteza no os promete ? ...*
 - *¡ Más que prometer ! Ha venido en mandarme a la Española, donde seré su veedor de fundiciones de oro, cargo honorable, provechoso y descansado que me permitirá verlo todo y consagrarme a mis estudios predilectos. ¡ Ya me tarda ponerme en camino! Quizá – aquí "inter nos" – no sólo me muevan mis aficiones de cronista, quizá me atraiga sobre todo el amor de las aventuras ... pero vive el cielo que, pese a las malas lenguas, no me lleva la codicia ... Lo curioso, lo imprevisto, lo aun ni soñado, son mi imán ... y a lo que olisco, mi buen paisano Juan Díaz de Solís padece del mismo achaque ...*

El escritor lo dijo no sin cierta gracia, llamando *paisano* al mareante porque las familias de ambos eran oriundas de las Asturias de Oviedo, aunque el primero naciera en la villa del oso y el madroño y el mareante, según él afirmaba, a la sombra del antiguo castillo de Lebrija.

- *Sí – contestó don Juan – cojeo del mismo pie, no os lo puedo ni os lo quiero negar. En el villorio de Lepe hallábame como el pez en el agua, pero ni la vida regalona y holgazana, ni el amor de mi mujer y mis pequeños han logrado detenerme en cuanto vislumbré la posibilidad de un gran viaje ... Una como ansia me empuja a otros destinos ... Así, también,*

un día, llevándome a Portugal me llevó a mi desgracia, me forzó a desafiar hombres y elementos, a defender y lavar la honra de mi nombre y – único pecado que no se me perdona – a cobrar por mi propia mano y con violencia lo que engañosamente y con la intención secreta de burlarme me prometió el portugués ...

- *Conozco la historia – interrumpió gravemente Oviedo – y lamento de corazón vuestros infortunios ... Y, a propósito de ellos, y sin malsana curiosidad, desearía saber ... Pero me tacharíais de indiscreto y no oso preguntaros tales cosas ...*
- *¡ Hablad ! ¡ Preguntad ! ... Viniendo de vos a mí, todo os está permitido, don Gonzalo !*
- *¡ Con todo, con todo ! ¡ En fin ! a fuer de historiador vuestro, que seré si Dios me da vida, importa que yo sepa, hasta el más insignificante detalle para bien de la verdad ... Pues ... según el vulgo ¿ cómo lo diré ? las desdichas pudieron en un momento dado más que la voluntad, y buscasteis el medio de olvidarlas ... Hasta parece que desde entonces se os da un remoquete no muy bien sonante...*
- *"Bofes de bagazo", ¿ no es así ? – preguntó Solís con forzada sonrisa.*
- *Así es, en efecto ... ¿ No os sabe demasiado mal que lo haya repetido ?*
- *¡ Eh ! como suelen los decires, éste tiene sus*

asomos de verdad. Por fortuna sólo son asomos ... No hago muchos ascos a un buen trago de la añejo ... Pero, ¿ a quién ha de espantar en la bendita tierra del vino, ni quién puede, en estos tiempos y estos lugares, tirarme la primera piedra ? ¿ Qué marinero, al llegar a puerto, antes de zarpar y en los intervalos, no echa un taco platicando con los amigos ? ¡ Pero, ea ! se me da más gloria de la que merezco al decir que mis pulmones trascienden tanto que se me reconoce por la vaharada. No, don Gonzalo, no ahogué en vino, que bien podría, mis pesares ; busqué consuelo en otras disciplinas ... y lo encontré. Pero después fué vano que en mi soledad de Lepe tratara de consagrarme al estudio de las ciencias y de las letras, de complacerme en el comercio de sabios cuya amistad, como la vuestra, es seductora y admirable ... Los libros parécenme ahora helados y hueros, sombra de sombras, frente a lo que puede ofrecerme la aventura, y los doctos amigos exasperan lo que llamo mi curiosidad ...

- Cojeamos del mismo pie, como decíais hace un rato – murmuró Oviedo.
- ¡ Sí, don Gonzalo ! – continuó Solís – Ya me veo de nuevo en viaje a las Indias, y este sueño basta para que el pecho se me ensanche y el corazón me lata con el vigor de los veinte años.

- *Dios os depare grandes hazañas, y ¡ viva yo para contarlas y cantarlas ! – exclamó Oviedo.*

Ensimismados pasearon ambos la vista por el paisaje sin fijarla en parte alguna, sin ver otra cosa que su ensueño interior, y después de prolongada pausa habló por fin el cronista en el tono de la plática familiar :

- *Tras de Colón – a quien conocí cuando los Reyes le recibieron con tanto honor en Barcelona, muy ajeno de sospechar y temer todo lo malo que se le reservaba –, tras de varón tan insigne, que mis ojos de niño admiraron, y fijaron para siempre en la memoria, otros hombres, como vos esforzados, emprendieron atrevidos viajes y realizaron descubrimientos portentosos. Algunos, y particularmente vos, no tuvieron par, ni puede hallarse quien se les compare, no siendo príncipe ; porque los reyes saben y pueden dar cuanto les place, ciudades, estados, señoríos y otras cosas grandes ; pero a hombres que los vimos ayer pobres, y cuanto tenían era muy poco, bastarles el ánimo, téngolo en tanto que no sé cosa semejante en estos tempos ni en otros !*
- *¿ No os mueve el entusiasmo, que suele abultar en demasía ?*
- *No, no : me ciño a repetir lo que anoche escribió esta misma mano para suspensión y admiración de las gentes venideras.*

- ¿ No podré conocer desde ahora esos escritos? ¡ Me complacería tanto !
- *Estoy como quien dice con el pie en el estribo y no puedo daros gusto, aunque lo quiera. Pero a su tiempo les conoceréis. En ellos hablo, naturalmente, de Colón, don Cristóbal, quien – primus inter pares – sólo guiado de la mano de Dios y de su humana saber, descubre las Indias no sospechadas y añade a la corona de Castilla islas y tierras de singular riqueza, y con él, de don Diego y don Fernando Colón, amigos míos muy amados. Tampoco olvido, por cierto, a amigo tan ilustre, vuestro y mío, como Vicente Yáñez, descubridor del golfo de Paria y de las costas de la Guayana, donde puso el pie a despecho de bravos naturales : ni a los otros Pinzones, que con él compiten sin eclipsarlo ...*
- ¿ Cómo hubiera podido olvidarse a éstos, ni aun otros, mucho menos grandes ? ...
- *Suele suceder. ¿ Qué queréis ? la justicia es "rara avis" en este mundo ... Pero a nadie olvido de propósito, y difícil me parece que alguno escape a mi noticia o no figure en los documentos que poseo y estudio con amor ...*

Olvidaba sin duda que minutos antes había omitido deliberadamente el nombre de quien le inspiró sus versos ...

- *Diego de Lepe – prosiguió Oviedo – que desembarca en lueñísimas tierras adentradas*

cientos de leguas, hacia el Sur ; Rodrigo de Bastidas, que corre las playas descubiertas por Ojeda y desembarca en Cartagena de Indias ; el mismo Ojeda, que repite un viaje admirable y llega al fondo del golfo de Méjico ; de nuevo el gran Almirante que, viejo ya, cruza por última vez el mar Océano para dar a sus Indias el "aeternum vale" ... ¡ Cuánta hazaña y cuánta grandeza ! ...

- *Las primeras sí. ¿ Pero las otras ? ¿ No son, apenas, singladuras más largas, encontrado ya el camino ?*
- *No os humilléis por modestia, don Juan, que hazaña muy grande fué también la que hicisteis alcanzando con Vicente Yáñez el que Vespuche llamó capo de San Agustín (Nota : también llamado Consolación), las tierras donde Diego de Lepe combatió, el cuadragésimo grado, que nadie soñaba alcanzar ... ¡ Qué importa que otros hayan abierto la puerta, si allá adentro estaban el misterio y el peligro, y era proeza el desafiarlos ! ...*
- *Sin embargo, otros hubo que ...*
- *Conozco – interrumpió Oviedo – conozco, también, lo que hicieron Ojeda y Nicuesa como fundadores de Darién, Juan Ponce de León, descubridor de la Florida, tantos otros ... ¡ Oh ! el pendón castellano, don Juan amigo, está más alto que nunca, gracias al ánimo*

esforzado de todos vosotros, a vuestro generoso brío, a vuestra pujanza ...

- *Me refería a los portugueses ... – insinuó Solís con cierta amargura.*
- *Sí – replicó Oviedo, displicente – los portugueses no lo han hecho mal ... No debe menospreciarse al competidor, pues con ello, lejos de realzar, se menosprecian los propios méritos ...*

Y, con acento irónico, en el que asomaba el despecho, continuó :

- *Lances de vientos y corrientes llevaron a tientas Pedro Alvarez Cabral a tierras e islas que no buscaba, en la Veracruz del Brasil ... Américo (Vespuche), en cambio, que sabe dónde le muerde el zapato, y que servía entonces al rey Manuel, no iba a tontas y a locas cuando dejó atrás el cabo San Agustín y bajó a cientos de leguas hacia el Sur, hasta descubrir la bahía de Todos los Santos, no recuerdo si en su primero o segundo viaje ... Y no son escasos, tampoco, los méritos del primer visorrey de las Indias portuguesas, don Francisco d'Almeida, ni las del famoso Tristán da Cunha, a quien Dios cegó de pronto como aplazando sus designios, sólo alcanzados cuando volvió a él la misericordia divina ...*
- *Mordaz estáis, don Gonzalo– dijo el otro, como si no parara mientes en que él mismo le había dado pie para ello.*

- *Pues ¡ vive Dios ! ¿ Es todo eso, y más que fuera, comparable con lo hecho por los hombres, que ensalzo en mis escritos, tan grandes que, con sólo hablar de ellos, mi nombre puede durar eternamente, como dura el de Plutarco ? ... Singular es el amor con que escudriño y vivo sus hazañas, pero suelen faltarme fuentes fidedignas ... así, por nuestra buena amistad os ruego, don Juan, que no me dejéis ignorar nada de la vuestra ni me celéis proyecto alguno, pues logrados o no – los grandes intentos son simiente y ejemplo – en mis libros pasarán a la posteridad ...*

Este que hablaba y era el capitán don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, escritor de estilo personal y elocuente, que aún se lee en nuestros días, como él lo presumiera, comenzaba a la sazón a componer la célebre "**General y Natural Historia de las Indias**". En su niñez había sido paje y compañero dilecto del infante don Juan ; como tal asistió – en 1492 sólo contaba catorce años – al sitio y toma de Granada por los Reyes Católicos, y el año siguiente a la recepción solemne que éstos hicieron a Colón en Barcelona. Ya en aquel entonces el mancebo revelaba el grande amor de las letras que hizo de él un erudito y le dió pronto tal maestría en el arte de escribir que, sin repartir/reparar en su mocedad, Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, le llevó por secretario a Italia, donde guerreaba. En Italia

frecuentó hombres tan sabios como el famoso cosmógrafo veneciano Ramusio, con quien mantuvo desde entonces una correspondencia epistolar sobre asuntos científicos "*que no pude menos de ser útil y provechosa para entrambos*", según afirma orgullosamente Oviedo. Acompañando al Gran Capitán y alternando espada y pluma, pluma y espada, vió crecer la fama de su nombre, merced a su inteligencia tanto como a su arrojo, de manera que, cuando en 1507 – muerta ya doña Isabel – volvió a España Fernández de Córdoba, llamado por el regente don Fernando, cuya gracia había perdido, el monarca no aguardó sus solicitudes para nombrar al sabio mozo cronista del Reino, remunerándolo con alguna mayor largueza que la habitual – tildada por muchos de tacañería – y le encomendó la composición de un gran libro sobre las nuevas Indias. Preparando esta obra habíase puesto en contacto con navegantes y conquistadores, y entre ellos con marino tan experimentado como Juan Díaz de Solís. Desde el primer encuentro, y aunque Oviedo fuese de natural díscolo y huraño – así como demostró más tarde crueldad de sentimientos y la codicia de que preventivamente se defendía –, nació entre ellos mutua inclinación, convertida muy luego en íntima amistad, estrechada más aún cuando comunes tendencias y análogas aspiraciones les reunieron en Logroño.

Los paseantes, entretanto, defendiéndose del calor que arreciaba, habían acabado por sentarse a la sombra de un roble y continuaban su plática con interés.

- *Mientras pasabais revista a los viajes de los descubridores de Indias y dejando a un lado cuanto a mí toca – decía Solís – me hacíais recordar la gracia austera de ese Plutarco que habéis citado, pero al propio tiempo representábanse en mi imaginación las tierras aludidas, hasta en sus menores particularidades, y comenzaba, a roerme otra vez el cerebro la idea pertinaz de que falta a ese mundo un vínculo de unión, un elemento común que debe de existir, no me cabe duda, aunque todavía nos escape por desconocido.*
- *¡ Decid, decid, vive Dios, pues veo que vamos llegando al meollo !*
- *Pues siempre, al pensarlo, me asedia la convicción de que tantas islas y costas como se han descubierto no pueden ser simples accidentes caprichosos surgidos del mar, ni tampoco tristes y escasos restos de la Atlántida de Platón, sino – como ciertos escollos que suelen anunciar la proximidad de tierra firme – palpables señales de un verdadero continente, quizá de esa misma Atlántida perdida y no recobrada Si voy a ciegas, no es, pues, del entendimiento, porque éste es quien, a sabiendas, me impele a*

realizar el hallazgo ... Y la razón me dice que – aun en el caso de engañarme – el engaño mismo sería glorioso, porque forzosamente en lugar de la tierra firme que busco, haría, equivocándome, tan notable descubrimiento como el del paso a las Indias Orientales ...

- *¡ Bien razonado ! — exclamó Oviedo —. No ha mucho, en Madrid, platicando con el piloto Andrés de Morales, compañero de Colón y de Rodrigo de Bastidas, y con Pedro Mártir de Anglería, cronista como yo, afirméles, con la aprobación de Morales, que a mi ver, las tierras de los dominios de Castilla en aquellas partes no son islas, sino un gran Continente ... Pero continuad.*
- *Sí. No cabe más : o todas son islas y por fuerza habrá paso entre ellas, o allí, como pensamos ambos, hay un Continente que abarca desde el trópico hasta el polo ...*

Oviedo había estado mirando a Solís de hito en hito hasta este punto, entre admirado y dudoso ; pero al oír sus últimas palabras, poniéndose involuntariamente de pie, exclamó:

- *¡ O paso o tierra firme ! ¡ Tenéis razón ! ¡No cabe más ! ... ¿ Cuándo partís ?*
- *Apenas Su Alteza lo disponga ... Pero ni una sola palabra a nadie, don Gonzalo !*
- *Descuidad. Bien se me alcanza que, para bien de todos, esto se ha de tener*

secreto...

- ¡ Y tanto ! Preciso es que la noticia no haga aguzar la vigilancia o, mejor dicho, la envidia de Portugal, que desearía servirse en su exclusivo beneficio del tratado de Tordesillas. Aquí mismo hay ojos avizores que están clavados en mí, como si sospecharan ...
- ¡ Así. ha de ser ! Ya sabéis el refrán : "En los campos de Logroño siempre anda suelto el demonio". Y el demonio que os está mostrando la pezuña es, si no me engaño mucho, don Juan Méndes de Vasconcelos ...
- ¡ Precisamente ! El mismísimo embajador del rey Manuel, que tanto se precia de hábil y astuto.
- ¡ Guarda ! Que don Fernando no quiere desagradar a su señor yerno.
- Sí, pero Su Alteza quiere también, ¡ vive Dios!, que su voluntad se cumpla, y así será, pese a las industrias del embajador. Así será, repito, sea con avisada diplomacia, sea, abierta y resueltamente si no bastan las sutilezas de la política ...
- Habláis como de cosa hecha ...
- No está muy lejos de serlo, efectivamente. Hoy debe de llegar a Logroño Francisco de Torres, hermano de Ana, mi mujer ... Creo que le conocéis y le tenéis por buen piloto y

hombre de pro ... Pues le he llamado para encomendarle las primeras diligencias de armamento de naos y reclutamiento de gente... De un momento a otro aguardo la anunciada palabra del Rey.

- *¡ Hola, hola ! ¡ Y tan calladito que me lo teníais!*
- *Era forzoso.*
- *Bien elegido está Torres : téngolo en mucha estima, y, como hombre, como mareante y como deudo, será vuestro dignísimo segundo.*
- *Cormano mío es, antes que cuñado.*
- *Pero esas primeras diligencias ¿ no serán prematuras ? ¿ No puede dilatarse la orden de Su Alteza ?*
- *El Rey sólo aguarda a que un suceso cualquiera le devuelva o parezca devolverle la libertad de acción respecto a Portugal. Pero si esa circunstancia no se produce, naturalmente o por obra del portugués, ¿ quién quita que podamos provocarla ... o inventarla en el peor de los casos ?*

Oviedo meneó la cabeza afirmativamente — conocía él también a don Fernando —, y después de corto silencio preguntó :

- *Contáis hacer un viaje muy prolongado ?*
- *De un año entre ida y vuelta ... Esta vez sólo se trata de ver de cerca cuál de mis conjeturas es la buena y cuál la engañosa ... En cualquiera de ambos extremos volvería en*

seguida a buscar fuerzas mayores de gente y de navíos ...

- *Desconfiad de las maniobras en tierra, don Juan. Me perdonaréis, como amigo, que os lo diga : sois un mareante incomparable, pero no un general aguerrido y prudente, que sepa preverlo todo. Una cosa son los escollos y bajíos del mar, otra las emboscadas y asechanzas de tierra ... Contentaos, perdonándome, con ser el gran marino que sois ... Y con esto os diré adiós. ¡ Quién sabe si volveremos a vernos aquí abajo ! ... Creo que hoy mismo saldré de Logroño hacia donde la Providencia me lleve. Adiós, amigo mío, y que El os acompañe ...*
- *¡ Dadme los brazos, Oviedo, y hasta muy pronto, estoy seguro !*
- *¡ Así sea ! – dijo el cronista abrazando a Solís.*

La brisa matinal había caído por completo, y el sol apretaba, el calor iba haciéndose bochornoso y los dos amigos se separaron sin añadir palabra, sumidos en profundas reflexiones, como previendo que aquélla era su última entrevista.

Roberto J. **Payró**

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés.

"*Bofes de bagazo*", ver p. XXV in :
TORIBIO MEDINA, José ; **Juan Díaz de Solís.
*Estudio histórico*** ; Santiago de Chile,
impreso en casa del autor ; 1897, CCCLII +
252 p. (segundo libro : documentos y
bibliografía)

<http://booksnow1.scholarsportal.info/ebooks/oca9/32/juandazdesol00medi/juandazdesol00medi.pdf>